

EN ALGÚN LUGAR DEL MAR MÁS AZUL



La secuela de
*La casa
en el mar
más azul*



TJ KLUNE

CROSS
BOOKS

T. J. Klune

En algún lugar del mar más azul



Uno

Años después, una cálida mañana de junio, Arthur Parnassus abrió los ojos y frunció el entrecejo. El sol que se colaba por la ventana era demasiado intenso. A su mente aletargada se le ocurrió la soñolienta y aterradora posibilidad de que cierto vástago del demonio tuviera que ver con ello. La semana anterior, había amenazado con hacer chocar el Sol contra la Tierra después de recibir una reprimenda por intentar insuflar vida a un muñeco de barro que había modelado después de una violenta tormenta. Arthur lo había sorprendido sucio de pies a cabeza, con el hombrecillo de barro a medio formar entre sus manos. Cuando el hombre le había recordado que dotar al fango de conciencia propia no estaba bien, el muchacho había jurado venganza por medio de la aniquilación planetaria, como era su costumbre.

Así que, cuando Arthur se incorporó de golpe en la cama, estaba convencido de que podía considerarse libre de culpa. En el fondo no creía a Lucy capaz de fusionar el Sol con la Tierra, aunque, por otro lado, el chico parecía obsesionado con el muñeco de barro, que había quedado reducido a un charco de lodo.

Al echar un vistazo al reloj despertador que tenía junto a la cama, Arthur cayó en la cuenta de que lo que estaba ocurriendo no era una colisión apocalíptica con el Sol. No, era algo mucho, mucho peor.

Eran las ocho y treinta y dos minutos de la mañana de un sábado, y reinaba el silencio en la casa.

Cuando uno convivía con seis niños de diversos tamaños, formas y poderes mágicos, sabía que poder dormir hasta tarde no era más que una fantasía inalcanzable. Los niños —sobre todo estos niños en particular— parecían no entender el concepto de tiempo. Precisamente el día anterior, una masa amorfa verde había irrumpido en su dormitorio a las cinco y media de la mañana, gritando con voz viscosa y llena de júbilo que había lanzado un chorro de tinta por la nariz, cosa que no sabía que podía hacer.

—Y sin meterme un boli ni nada. ¿Por qué lo estoy dejando todo perdido de tinta? ¡Ostras! ¿Creéis que me estoy haciendo un hombre? Por cierto, ¿cómo se limpia una mancha de tinta del techo?

Esto, naturalmente, había dado pie a una conversación en la que se había llegado a la conclusión de que la tinta era una señal de la pubertad, lo que le había arrancado una mueca al muchacho amorfo, antes de derivar hacia cómo le sentaría un bigote o una mata de pelo en el pecho. Cuando se había tranquilizado, tres niños más habían entrado para curiosear, y no eran más que las seis de la mañana.

Arthur —que ahora mediaba la cuarentena— había notado que las seis de la mañana llegaban mucho antes que cuando era más joven. Las articulaciones le chirriaron y crujieron cuando se desperezó, con el cabello de color claro (salpicado de mechones grises que parecían multiplicarse día a día) apuntando en todas direcciones. Su espalda emitió un delicioso chasquido cuando flexionó los dedos de los pies des-

calzos. Sus pensamientos embarullados se fueron aclarando a medida que se disipaban los últimos vestigios de sueño.

¿Dónde estaban los niños?

Se volvió hacia el bulto que tenía al lado en la cama, tapado hasta arriba con el edredón de modo que solo quedaba a la vista una mata de pelo castaño y ralo mientras se oían unos ronquiditos suaves. Zarandeó el bulto mientras dirigía la vista hacia la puerta de la pequeña habitación contigua a la suya. Estaba abierta. Su ocupante —el destructor de soles— había desaparecido, sin dejar tras de sí más que una cama a medio hacer, calcetines (desparejos) tirados en el suelo y unos discos agrietados colgados en las paredes.

—¿Gabasao? —farfulló el bulto—. No, yaya, no quiero ayudarte a encontrar los boniatos.

—Linus —dijo Arthur, dándole otra sacudida al bulto—. Despierta. Algo no va bien.

Por poco se cayó de la cama cuando Linus Baker se incorporó como un resorte con el pijama hecho un gurruño, mirando alrededor con ojos y pelos de loco.

—¿Quién ha sido? —inquirió—. ¿Quién ha robado los boniatos de la despensa de la yaya? —Pestañeó—. No sé por qué acabo de decir eso. —Se dio unas palmaditas en su pronunciado vientre—. Debía de estar soñando. Eso me pasa por comer pastel antes de irme a la cama. —Bajó la mano con expresión ceñuda—. ¿Por qué me miras con esa cara, Arthur?

—Te adoro —dijo Arthur, de todo corazón.

—Ah —dijo Linus, poniéndose colorado—. Sí, bueno. Pues resulta que siento lo mismo. ¿Por eso me has despertado? Eres adorable, pero... ¿por qué hay tanto sol? ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

A Linus se le desorbitaron los ojos.

—¿De la mañana?! ¡Imposible! Nunca nos han dejado dormir hasta estas horas. Lo más tarde que nos hemos des-

pertado ha sido a las seis y cuarenta y dos, y eso porque los niños se habían quedado con Zoe. E incluso esa vez regresaron y nos sacaron de la cama. —Se encaminó a toda prisa hacia la puerta y cogió sus batas azules a juego, que estaban colgadas de una percha—. ¿Qué haces ahí tumbado? ¡Tenemos que encontrarlos!

Arthur se levantó con rapidez, pero en vez de agarrar la bata que le tendía Linus, le sujetó el rostro entre las manos y le dio un profundo beso, sin importarle el aliento mañanero. Linus parpadeó despacio, aturdido, y Arthur deseó que las cosas fueran siempre así.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Linus.

—A que podía.

—Ya veo. Podrías volver a hacerlo, si quisieras.

—¿Ah, sí? —Arthur se inclinó hacia delante para volver a hacerlo.

Pero lo frenó una mano en la cara que lo empujó hacia atrás con suavidad.

—Podrías —dijo Linus—, pero también podríamos ir a investigar por qué nos han dejado dormir hasta tarde. Te juro que, como hayan vuelto a traer a casa un animal diciendo que es un amigo, la vamos a tener.

—El último no era tan terrible —dijo Arthur, cogiendo la bata y poniéndosela.

Linus hizo una mueca.

—Era un lagarto grande como Calíope, que intentó comerse mis mocasines.

—Y tú manejaiste la situación con tu elegancia y aplomo habituales, chillando y diciendo que era una boa constrictor.

—Sé que en algún momento se te metió en la cabeza que eres gracioso. Y lo eres, pero no es momento para bromas, sino para entrar en pánico.

—A lo mejor no ha pasado nada y estamos exagerando —dijo Arthur, intentando ser más o menos razonable.

Linus puso los ojos en blanco.

—Sabes tan bien como yo que con ellos no hay exageración posible. ¿Te acuerdas de cuando Talia...? ¿Dónde está Calíope?

Calíope, el así llamado dechado de maldad. Era una gata, pero muy distinta de todos los gatos que Arthur había visto antes, y no solo por su tamaño —su bello y esponjoso pelaje la hacía parecer mucho más grande de lo que era en realidad— o su color, negro con una algodonosa mancha blanca en el pecho. No, lo que más la distinguía de los demás eran sus grandes ojos verdes, vigilantes, siempre vigilantes, mientras ella planeaba sin duda borrar del mapa a cualquiera a quien considerara indigno de existir en su presencia. Aunque Arthur sabía que la mayoría de los humanos tendían a humanizar a sus mascotas y ensalzar su inteligencia («¡es tan listo...! ¡Ha aprendido a hacer lo que llevo seis meses enseñándole!»), Calíope era harina de otro costal. De no ser porque sabía que era imposible, Arthur habría sospechado que ella los entendía, pero, fiel a su especie, se guardaba sus opiniones y por lo general hacía caso omiso de todo lo demás.

Casi todas las noches dormía enroscada al pie de la cama de Arthur y Linus, y lanzaba ronroneos de advertencia si alguno de ellos movía la pata un milímetro. Ahora, sin embargo, su sitio estaba vacío, y no había dejado más rastro que unos pelos negros en la mantita que Sal le había tejido. Cuando se la había entregado, Calíope había soltado un maullido de gusto tan fuerte que se había oído por toda la casa.

—Estará con ellos —aventuró Arthur—, en cuyo caso, no me cabe duda de que están a salvo. Ella jamás permitiría que les pasara nada malo.

—Desde luego —dijo Linus—. Compadezco a quien in-

tente contrariarlos delante de ella. Me imagino que debe de doler que una gata te arranque los ojos.

Imperaba el silencio en el largo pasillo. Todas las puertas de los dormitorios de los niños estaban abiertas, y las habitaciones, vacías. En la de Sal, el escritorio se encontraba frente a la ventana, con la máquina de escribir guardada en la caja de roble con su monograma grabado que Arthur y Linus le habían regalado por Navidad. El cuarto de Chauncey olía ligeramente a sal, y el suelo estaba cubierto de agua de mar tibia que se bombeaba desde el océano a través de tuberías térmicas. En el de Phee, tras las decenas de plantas que colgaban del techo, se entreveía un mural de un bosque pintado con distintos grados de talento, pues todos los niños habían colaborado: los árboles de Lucy semejan esqueletos, mientras que los de Talia parecían algodones de azúcar verdes con palos marrones. A propósito de Talia, la gnoma de jardín, su habitación estaba extrañamente desprovista de plantas; en vez de enredaderas en flor, en todas las paredes había tablones de corcho con una magnífica colección de herramientas de jardinería. Y, por último —pero no por ello menos importante—, una trampilla en el techo comunicaba con el altillo, donde un guiverno había construido uno de varios nidos. Tras subir por la escalera plegable, Arthur escrutó en la penumbra del desván el nido de Theodore: mantas, toallas y un ladrillo con el que había mantenido un idilio de tres semanas. Pero no había guiverno a la vista.

Aunque Arthur no quería entrar en pánico, el no saber dónde estaban los niños lo hacía sentir como si una mano gélida le estrujara el corazón. Si algún visitante no deseado hubiera intentado desembarcar en la isla, Zoe les habría avisado, pero eso no ayudaba mucho a aplacar la inquietud de Arthur.

—¿Ves algo? —preguntó Linus desde abajo.

—No —respondió Arthur, descendiendo de nuevo.

—¿Dónde se habrán metido? No se marcharían sin pedir permiso, así que no creo que...

Se oyó un golpe sordo procedente de la planta baja, seguido de un fuerte estrépito.

—La cocina —dijeron Arthur y Linus al unísono.

Cuando se acercaron a la escalera que bajaba a la planta principal, se tranquilizaron. Al echar un vistazo por encima de la barandilla, vieron a Phee sentada en el peldaño inferior, con la melena roja como el fuego recogida hacia atrás en una cola de caballo y las alas batiendo veloces tras su espalda. El espíritu del bosque llevaba un pantalón corto y una camiseta verde sin mangas que dejaba al descubierto sus pálidos hombros salpicados de pecas. Poco después de cumplir los doce años, pegó el estirón y creció como uno de sus árboles.

Frente a ella estaba Chauncey, el muchacho amorfo verde con tentáculos cubiertos de ventosas en vez de brazos. De su cabeza sobresalían unos delgados pedúnculos de treinta centímetros de largo con unos ojos en la punta que botaban de emoción. Llevaba una gabardina ceñida a lo que podía ser la cintura o el pecho, y Arthur y Linus no tardaron en averiguar por qué.

—¿Crees que lo habrán oído? —preguntó Chauncey con una voz que sonaba como si alguien exprimiera una esponja gruesa y empapada sobre un cubo de metal.

—Chsss —dijo Phee—. No hables tan alto.

Sus pedúnculos se encogieron hasta que los ojos quedaron apoyados sobre la parte superior de su cuerpo, muy abiertos y sin parpadear.

—¿Crees que lo habrán oído? —susurró.

—Lo dudo —respondió Phee, tirando del bajo de su gabardina—. Los dos roncan, así que no creo que hayan oído nada.

Linus soltó un resoplido al lado de Arthur, que no se esforzó mucho por disimular su sonrisa.

—Ah —dijo Chauncey—. ¿Y yo, ronco?

—Eres un chico, así que probablemente sí. ¿Dónde vas con esa gabardina?

Él se hinchó como un pavo.

—Vamos en misión secreta. Todo el mundo sabe que a las misiones secretas se va vestido como Dios manda. —Se levantó el cuello del impermeable—. Agente secreto Chauncey, a sus órdenes.

—Creía que querías ser botones.

—Puedo hacer las dos cosas —replicó—. Evitar una catástrofe y llevar tus maletas. Lo leí en un libro. —Sus ojos giraron trescientos sesenta grados—. ¿Puedo contarte una cosa que nunca le había contado a nadie?

—Claro —dijo Phee—. ¿De qué se trata? ¿Te encuentras bien?

Él agitó un tentáculo en el aire.

—Sí, muy bien. Mejor que bien, me encuentro prodigiosamente.

Linus le dio un golpecito con el codo a Arthur.

—¿Lo has oído? —musitó, emocionado—. Mis clases de vocabulario están rindiendo fruto.

—... lo que quiere decir que me encuentro de maravilla o a pedir de boca —explicaba Chauncey cuando dirigieron de nuevo la vista hacia la planta baja.

Phee se rio.

—¿Qué querías contarme?

—Ah, sí —dijo Chauncey—. ¿Te ha pasado alguna vez que vas caminando por el bosque y, de repente, ves un cono de un pino en el suelo, y no hay nadie ahí para decirte que no te lo comas?

—Pues sí, claro, pero...

—¡No fastidies! —jadeó Chauncey—. ¡A mí también! Creía que yo era el único. Eso me consuela.

—¿Te... te comiste el cono?

—Pues sí —dijo Chauncey, orgulloso—. ¿A que no adivinas a qué sabía?

—No tengo la menor idea.

Los ojos de Chauncey se inclinaron hacia delante hasta detenerse a unos pocos centímetros del rostro de Phee.

—¿Te acuerdas de cuando Talia intentó hacer una tarta de pecanas, pero como no nos quedaban le puso caramelos de maíz en vez de pecanas, así que al final la tarta tenía tanto azúcar que Linus dijo que se nos iban a caer los dientes, pero nos la comimos de todos modos y nos pasamos tres días sin dormir porque todos podíamos oler los colores?

—¿El cono sabía igual? —preguntó Phee, frunciendo el ceño.

—No, es que me gusta la anécdota. El cono sabía terrible, y costaba un montón masticarlo.

Phee tosió de una manera que sonaba como si estuviera pugnando por aguantarse la risa.

—¿Te... te lo zampaste entero?

Chauncey parpadeó, primero con el ojo izquierdo, luego con el derecho.

—Pues s-sí... ¿Por qué?

—Los conos femeninos, también llamados piñas, tienen dentro unas semillas comestibles, los piñones —explicó ella—. Son un poco dulces y saben un poco a nuez. En Italia hacen galletas de piñones.

A Chauncey se le oscureció la piel hasta tornarse del color de las agujas de pino.

—¿Me estás diciendo que me comí a una chica? Ay, no.

—Alzó los tentáculos y echó la cabeza hacia atrás en un ges-

to de desesperación—. ¡No era mi intención! Me caí encima de ella y, bueno... ¿se me metió en la boca?

—Ay, madre —murmuró Linus—. No digas nada, Parnassus. Ni una palabra.

—No lo decía en ese sentido —aclaró Phee—. Las plantas pueden ser masculinas o femeninas, pero no como tú y como yo. Están vivas, pero de un modo distinto. Muchas plantas son hermafroditas, lo que significa que son masculinas y femeninas a la vez. Las rosas y las liliáceas, por ejemplo. Cuando digo que son femeninas, solo me refiero a que contienen semillas.

Chauncey parpadeó de nuevo.

—Aaah, ya lo pillo. Así que, si me como una piña, no es como si me comiera a una persona.

—Eh... no.

—Uf, menos mal. —Desvió la mirada, y la piel se le puso de color verde guisante—. Bastante miedo me tienen ya de por sí.

—De eso, nada —farfulló Linus, encaminándose hacia la escalera.

Arthur lo tomó de la muñeca con delicadeza y lo hizo retroceder, sacudiendo la cabeza.

—No dejaré que Chauncey crea que es...

—Lo sé —dijo Arthur en voz baja—. Pero démosle cancha a Phee.

Esta alargó el brazo y tiró de la gabardina para atraer a Chauncey hacia ella. Él la rodeó con los tentáculos y apoyó los ojos encima de su cabeza.

—¿Ha pasado algo?

Chauncey suspiró.

—Puede.

—¿Quieres hablar de ello?

—Puede.

—No tiene que ser ahora mismo, si no te sientes preparado —dijo ella, acariciándole la espalda.

—Es una tontería —masculló él—. Llegó una mujer que llevaba como siete maletas —relató con aire soñador—. Y el señor Swanson... —el jefe de botones del hotel, su máximo ídolo—... estaba ocupado con otro cliente, así que acudí en su ayuda.

—Muy propio de ti —comentó Phee.

—Pero cuando me ofrecí a cargar con su equipaje, se puso a gritar que una babosa marina intentaba robarle sus pertenencias.

—¿Una babosa marina? —dijo Phee—. Por favor. Ya le hubiera gustado.

—Sí, ¿verdad? —dijo Chauncey, liberándose del abrazo—. Pues el señor Swanson la oyó y se acercó. Creía que iba a coger las maletas de la señora, pero en vez de eso ¿sabes qué hizo?

—¿Qué?

—Me dijo que las personas como ella no son bienvenidas en nuestro distinguido establecimiento ¡y luego la echó del hotel!

—¡Huala! —exclamó Phee, expresando la misma estupefacción que Arthur sentía—. Me imagino que eso debió de cabrearla mucho.

—Ya te digo. Creí que iba a explotar —respondió Chauncey—. Entonces el señor Swanson dijo que era hora de almorzar, así que nos comimos unos sándwiches mientras él me hablaba de todos los otros botones que había conocido.

—Pero... —dijo Phee.

—Pero no lo entiendo —continuó Chauncey—. Yo solo quiero ayudar. No puedo controlar mi apariencia. No es culpa mía ser...

—¿La hostia de guapo? —dijo Phee.

Chauncey se quedó mirándola, boquiabierto.

—¿Cómo dices?

—Eres guapo —aseguró ella—. Y, lo que es aún mejor, único. Nunca he visto a alguien con un aspecto como el tuyo. ¿Los ojos? Pfff, madre mía. Son chulísimos. ¿Y crees que los demás sabríamos lucir una gabardina como tú? ¿No te acuerdas de lo ridícula que estaba cuando me probé tu gorra de botones? En cambio, cuando te la pones tú, me entran ganas de hacer una maleta solo para que me la lleves, aunque no me vaya a ningún sitio.

—Se me da bastante bien llevar maletas.

—Ya lo creo —dijo ella—. No puedo asegurarte que no volverá a pasar algo así, pero debes recordar siempre que el problema es de ellos, no tuyo.

—No soy un monstruo —afirmó Chauncey.

—Para nada —dijo Phee—. Eres Chauncey. El mejor Chauncey que he conocido nunca.

—Y soy la hostia de guapo.

—Ya te digo.

—Y puedo comerme todas las piñas que quiera porque no son humanas.

—Salvo porque seguramente lo pasarás mal cuando tengas que hacer caca.

—¡Siempre lo paso bien cuando hago caca, así que eso no me preocupa!

Sonó otro estrépito en la cocina, seguido de la voz de un diablillo que maldecía en un lenguaje de lo más florido que desde luego no había aprendido en esa casa.

—¡Testículos de pollino gangrenosos!

—Sígueme el juego —susurró Arthur, guiando a Linus hasta la mitad del pasillo. Se detuvieron frente a la habitación de Sal. Tras guiñarle el ojo a Linus, Arthur alzó los brazos por encima de la cabeza, estirándose, mientras daba

un bostezo tremebundo. Alzando la voz para proyectarla hasta el final del pasillo y escalera abajo, dijo—: Hay que ver lo bien que he descansado esta noche. ¿Y tú, querido Linus?

—¡Ya lo creo! —dijo Linus, casi gritando—. ¡Estoy tan concentrado en lo descansado que me siento, que no me preocupa lo más mínimo el estado de la cocina!

Los dos tuvieron que contener la risa cuando Chauncey se puso a gritar.

—¡A sus puestos! ¡A sus puestos! ¡Ha llegado el momento de pagar el pato!

Se oyó otro estruendo en la cocina, esta vez seguido de los bramidos de Lucy.

—¡Pero aún no estamos listos! ¡Que alguien estrangule el pato!

Cuando Arthur y Linus llegaron a lo alto de la escalera, se encontraron a Phee y Chauncey sonriéndoles desde abajo con una inocencia esplendorosa como el nuevo día.

—Buenos días —saludó Arthur en tono alegre mientras Linus y él descendían los escalones—. Phee, Chauncey, ¿habéis dormido bien?

—De maravilla —balbució Chauncey—. ¡Y, lo que es aún mejor, no estamos haciendo nada ilegal!

—Por el momento —dijo Linus.

Arthur y él se turnaron para abrazar a Phee y a Chauncey, que se aferraron a ellos con fuerza. Cuando terminaron, Linus miró de reojo a Arthur.

—Al parecer el tiempo se nos ha escurrido entre los dedos esta mañana. ¿Vosotros no sabréis nada al respecto, por casualidad?

—¿Quién? ¿Nosotros? —preguntó Phee, pestañeando candorosamente.

—No tenemos idea de a qué te refieres —dijo Chauncey.

—Hmmm —dijo Arthur—. Bueno, supongo que debería-

mos ponernos a preparar el desayuno. Linus, ¿por qué no vas a buscar a los otros niños mientras yo me acerco a la cocina y...?

Phee y Chauncey se dirigieron a toda prisa hacia las puertas de la cocina para bloquearle el paso.

—Mejor no —dijo Phee—. Está... ocupada.

Por encima de ellos, a través de los ojos de buey de las puertas dobles, Arthur vislumbró por un instante unas escamas reptilianas que pasaban volando, con lo que parecía un batidor entre las garras. Un instante después, una carita adorable apareció tras una de las ventanas redondas y abrió mucho los ojos. Sal se esfumó al cabo de un segundo.

—¿Cómo que están justo al otro lado de la puerta? —gritó Lucy.

—Se nos va a caer el pelo —dijo Talia, desde algún lugar que no alcanzaban a ver—. ¿Cómo has pringado el techo de masa pastelera?

—Toma, pues apuntando —dijo Lucy.

—¡Ay, no! —exclamó Chauncey—. ¡Acabo de recordar que tenía que hablar con Arthur y Linus de un asunto! ¡Y de otras cosas!

—Dime dos —le pidió Linus, cruzando los brazos.

—Patatas y Portugal —respondió Chauncey enseguida.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Arthur.

—No tengo la menor idea —contestó Chauncey, desinflándose—. Lo siento, Phee. He hecho lo que he podido.

—Claro que has hecho... algo —dijo Phee—. Bueno, nos han pillado, así que más vale que acabemos con esto. —Fulminó con la mirada a Linus y Arthur—. Ha sido una idea colectiva, así que, si nos vais a castigar, tendréis que castigarlos a todos.

—Parece algo serio —dijo Arthur con gravedad.

—Y bastante preocupante —añadió Linus.

—Un momento, por favor —dijo Phee, agarrando a Chauncey del tentáculo y retrocediendo despacio a través de las puertas batientes. Aunque se esforzaba por impedir que Arthur y Linus vieran la cocina, tuvo que abrir las puertas lo justo para que Chauncey y ella pudieran pasar, lo que también permitió a los dos adultos echar un vistazo al interior.

—¿Qué era eso en las paredes? —inquirió Linus cuando las puertas se cerraron.

—Parecía ketchup —dijo Arthur—. ¿A que es genial?

—Creo que tu definición de esa palabra no es la misma que la mía.

—Entonces tal vez tengas que asistir a una clase de vocabulario —repuso Arthur para chincharlo.

Dentro se oía una conversación en voz baja, aunque, dado que procedía de un grupo de seis niños en su estado natural, tal vez «en voz baja» no sería la expresión más adecuada.

—¡Lo saben! —susurró Chauncey—. Están justo ahí fuera y lo saben todo. Estamos perdidos.

—Lucy —dijo Phee—, ¿qué narices has hecho con las encimeras?

—Me estaba costando cascar los huevos —explicó Lucy—. Y entonces ha entrado Calíope, y ahora hay unas huellas de gato pegajosas en el suelo.

—¿Y cómo han llegado hasta el techo? —preguntó Chauncey.

—He invertido la gravedad sin querer cuando intentaba medir la mantequilla.

—Ah —dijo Chauncey—. Normal. Seguro que eso le pasa a mucha gente, porque cocinar es difícil.

Theodore soltó un sonoro gorjeo.

—Theodore tiene razón —dijo Sal—. Debemos responsabilizarnos del desastre que hemos hecho.

—Tú no has hecho ningún desastre —dijo Talia—. Ha sido Lucy. Y yo también, porque no es justo que él acaparara todos los huevos que había que romper.

—No los he acaparado. ¡Te he dado uno para que lo cascaras, y lo has estampado contra la pared!

—No —replicó Sal—. Estamos juntos en esto.

—Eso —convino Chauncey—. Que nos castiguen a todos. ¿Quién está conmigo? ¿Por qué nadie levanta el tentáculo?

Theodore emitió dos chasquidos guturales seguidos de un gruñido grave, y los niños prorrumpieron en carcajadas.

—Sí, eso es lo que haría Linus, ¿verdad? —dijo Phee—. Y seguro que además se pondría como un tomate.

Linus resopló por lo bajo.

—Qué infundio.

—Pues un poco rojo sí que estás —musitó Arthur—. ¿Te encuentras mal, mi querido Linus?

—Es culpa tuya que se crean tan graciosos.

—Phee —dijo Sal—, tú ve a distraerlos hasta que terminemos. Los demás vamos a intentar limpiar esto lo mejor posible. Cuanta más prisa nos demos, antes acabaremos.

Phee salió con disimulo por las puertas dobles y desplegó una amplia sonrisa.

—¡Hola! —soltó como si ellos no hubieran oído hasta la última palabra—. Gracias por vuestra paciencia. Sois muy amables.

—Estupendo —dijo Arthur—. ¿Podemos entrar en la cocina en este mismo instante?

—Em... —dijo Phee echando una ojeada por encima del hombro—. No..., por el momento. ¡Ah! Ahora que me acuerdo, Linus, quería preguntarte algo muy muy importante. No he podido pensar en otra cosa en el último minuto, más o menos.

—Nos tienes en ascuas —dijo Arthur.

—Ya —dijo Phee—. Bueno, verás. —Hizo un gesto de do-

lor cuando algo cayó al suelo en la cocina. Antes de que Arthur hiciera algún comentario al respecto, Phee barbotó (en voz bastante alta)—: ¡Tus órganos!

Linus soltó un quejido.

—¿Otra vez eso? ¿Cuántas veces tengo que decirle a Talia que, por más que insista, no voy a firmar una orden de no reanimación ni una autorización para que ella me extraiga el hígado, los riñones y los pulmones? No sé de dónde ha sacado esa idea de que mis órganos ayudarían a sus rosales a crecer mejor, pero eso no va a pasar.

—Es lo que le he dicho yo —aseguró Phee—. Y luego le he recordado que solo es cuestión de tiempo, así que ¡todos ganan!

Arthur bajó la voz.

—Hemos oído tu conversación con Chauncey.

Phee se revolvió, incómoda. Era la más enigmática de todos los niños. Quería a sus hermanos y les daba todo su apoyo. Arthur sabía que era compasiva, bondadosa y bastante picajosa. Dicho esto, seguía costándole aceptar cumplidos o ser el foco de atención. Era muy difícil mantener el equilibrio con Phee. Si él se pasaba con los elogios, ella se encerraba en sí misma, le restaba importancia al asunto y cambiaba de tema. Arthur se había impuesto la misión de decirle al menos una vez al día lo orgulloso que estaba de ella.

—No ha sido nada del otro jueves. Chauncey necesitaba hablar con alguien, y yo estaba ahí, a mano. Cualquier otro habría hecho lo mismo. —Se encogió de hombros, desviando la mirada.

—Tal vez —dijo Arthur—, pero Chauncey no ha acudido a mí para hablar de ello. Tampoco a Linus ni a ninguno de los demás. Ha acudido a ti, Phee. Te confía sus alegrías, pero también sus problemas.

—No debería tener problemas —replicó Phee—. Se supo-

nía que las cosas iban a mejorar. Vosotros dijisteis que mejorarían. —Se abatió antes de que ellos pudieran responder—. Perdón —murmuró—. Eso ha sido injusto.

—De injusto, nada —repuso Linus—. Es verdad que os dijimos eso. Y me gustaría poder darte una respuesta mejor que la de que estas cosas llevan su tiempo. Lo siento. —La tomó de la mano.

Cuando Phee alzó la vista hacia Linus, a Arthur le impresionó la ternura de sus ojos, un resquicio en su armadura inexpugnable. De vez en cuando, ella les concedía el honor de dejarles entrever a la niña que llevaba dentro, y Arthur atesoraba esos momentos como hacía Theodore con sus botones.

—Gracias, Linus. Eres buena gente.

Él le dio un apretón suave en la mano.

—Por ti, lo que haga falta. Y ahora, ¿podemos entrar en la cocina, o vas a...?

Pero, antes de que pudiera terminar la frase, Lucy pegó un grito de puro júbilo.

—¿De verdad sabes escupir fuego? ¡La leche, Theodore! ¡Achicharrémoslo todo!

—Es el momento de intervenir —dijo Arthur.

—Eso nos pasa por dormir hasta tarde —masculló Linus—. Justo cuando uno cree que ha recuperado un poco de sueño, resulta que a alguien le da por escupir fuego.